

TIEMPO DE CONVERSION Y ESPERANZA

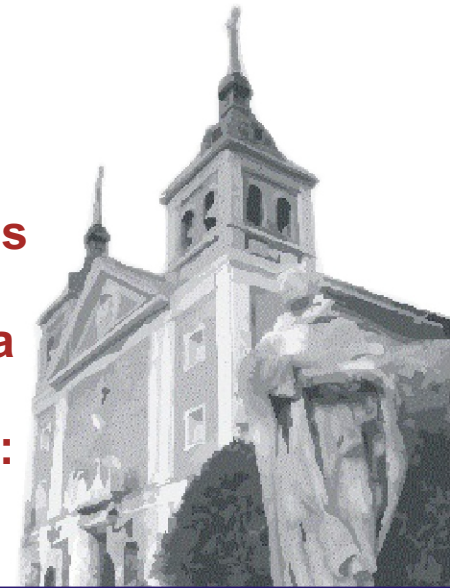
Es tiempo de duelo y esperanza.
Es tiempo de silencio y de gozo.
Es tiempo que marca un antes y un después.
Es tiempo que marca los vacíos de nuestra existencia.
En la Cuaresma somos conscientes de lo que somos.
En la Cuaresma Jesús nos ilumina el camino.
El silencio, la oración y la Palabra nos interpelan.
Presentamos nuestra vida ante el Altísimo.
La misericordia del Señor hace el resto.
“Un corazón quebrantado y humillado,
tú, oh Dios, tú no lo desprecias” (*salmo 50*).
El sacrificio del Hijo nos ha de redimir.
Y parece que la pasión marca la recompensa que nos espera.
Que la muerte es el final “natural” de todos los mortales.
La resurrección, sin embargo, nos da esperanza:
“Tú tienes palabras de vida eterna” (*Jn 6,68*)
Señor, ayúdame a saber hacer una buena parada en el camino.
Que sea consciente de todo el mal que he hecho
y de todo el bien que he dejado de hacer,
para que, movido por tu Espíritu
sea capaz de darme a los demás
con total entrega de amor,
como Tú mismo hiciste,
como lo han hecho todos tus santos discípulos,
porque he de estar seguro de que más allá
de la muerte, la tristeza, la increencia o la desesperación
reina la Vida...
la vida plena que emana de la cruz.
Con esta esperanza, Señor, quiero vivir este Tiempo
de Silencio, de Entrega y de Esperanza. Amén

Manuel Juárez

COMUNIDAD EN CAMINO

2º de CUARESMA
1 de Marzo de 2015
PP. DOMINICOS - MADRID

“Maestro, que bien se está aquí, Hagamos tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías... Cuando bajaban les dijo Jesús: no contéis a nadie lo que habéis visto...”



NTRA. SRA. DE ATOCHA

Avda. Ciudad de Barcelona, 1 www.parroquiadeatocha.es



En éste domingo el texto evangélico nos muestra el episodio de la Transfiguración. No existe cuaresma sin Transfiguración, es decir sin la proclamación de que el Padre y los representantes genuinos de la religión judía, Moisés y Elías están de parte de Jesús, aunque no lo estén los hombres, ni las autoridades religiosas del momento.

La primera lectura, sin embargo, impresiona por su dureza: Dios pide que Abrahán le sacrifique a su hijo. El autor del relato no podía expresar con más fuerza algo fundamental en la fe judía: lo único absoluto es Dios. El Dios que premia exige, lo exige todo. Porque todo es debido a él. De Dios dependió que se realice la promesa de que Abrahán fuera padre de un pueblo numeroso: Dios concedió descendencia inesperada a Abrahán y Sara al engendrar a Isaac. Éste sería quien realizaría la promesa de que Abrahán sería padre de un gran pueblo. Ese mismo Dios exige a Abrahán la vida de ese hijo antes de engendrar descendencia y con ello la imposibilidad de que se cumpla la promesa. El autor del relato quiere mostrar que la paternidad sobre un gran pueblo no depende sólo de la paternidad biológica humana, sino de que Dios sea su Padre. Para aceptar eso es necesario tener una fe, una confianza absoluta en Dios. Poder decir como escuchamos en la segunda lectura: “si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?”. Abrahán ha pasado a la historia de la salvación como el hombre de fe profunda, de confianza absoluta en Dios.

En otro monte la gloria de Jesús. Jesús no vino a ser glorificado por los seres humanos. Él había superado en el desierto la tentación de hacer de su misión un éxito popular generalizado. Pero su misión es dura. Si no él, sí sus discípulos más próximos necesitan recobrar fuerzas, mantener la esperanza. Por eso Jesús les ofrece la oportunidad de ver cómo las grandes figuras de su religión, Moisés y Elías, están con él; y sobre todo la de poder escuchar que el Jesús, contestado por personas influyentes, tiene de su parte a Dios: “este es mi Hijo muy amado, escuchadlo”. Es necesario ese momento de gloria para recobrar fuerzas, no para asentarnos en la montaña, como que quería Pedro. Es necesario bajar al quehacer diario, al duro caminar que exige nuestra fe; pero con la esperanza de que Dios está de nuestra parte, como estaba de parte de Jesús.

Génesis 22,1-2.9a; 2ª Romanos 8,31b-34; Marcos 9,1-9

Difícilmente se apagan los ecos de las tragedias que recorren el mundo golpeando, las más de las veces, a los más desvalidos, a los más pobres. Difícilmente se apagan aunque se vayan cubriendo unos a otros.

Siempre habrá una voz que los vuelve a gritar y recordar. Voces que claman por aquellos que no tienen voz. Y, desde luego, nunca ha dejado de oírse, no el eco sino la misma voz de Dios, la que se oyó, está escrito, en el principio tras el primer fratricidio: “¿Dónde está tu hermano? ¿Qué has hecho de tu hermano?”.

Lejos queda, en verdad, para nosotros Filipinas y la India, lejos los pueblos africanos y los centroamericanos y los sudamericanos. ¡Qué lejos nos ponemos nosotros de esos pueblos! ¡Qué lejos y que cómodos, tras el primer impacto y la primera ayuda, nos sentimos pensando que están lejos de nosotros los que sufren hambre, sed, tortura, opresión, injusticia! Pero no tan lejos quedan las víctimas de la crisis social y económica que vivimos.

¿Dónde está tu hermano? De esta voz no podremos escondernos nunca. Va a estar resonando siempre y sonará al final, definitivamente. Recordemos: Tuve hambre... tuve sed... estuve desnudo, encarcelado, enfermo, oprimido, tratado injustamente, marginado y no me disteis de comer ni de beber, ni me visitasteis, ni me prestasteis la voz para librarme de la injusticia. (Mt 25)

Aun estamos a tiempo. Ciertamente que cada uno de nosotros no puede solucionar nada tan gigantesco. Pero habrá que cuidar que nuestra propia vida no se convierta en un desierto. Agua aún tenemos. Pongamos la voluntad de darla a manos llenas... Empecemos por sentir dentro de nosotros muy cerca, la sed de los demás.